



Faustí Llucià

El azar en 16 tazas de café sólo

El rito del café diario inspira al fotógrafo Faustí Llucià una exposición sobre la relación entre la casualidad y la cotidianidad

Años atrás Faustí Llucià (Barcelona, 1952) decía a otro periodista que «si pudiera, haría fotografías con las manos». Ahora, gracias al café, este reconocido fotógrafo barcelonés prácticamente ha logrado materializar aquel deseo. Durante el pasado mes de junio montó una exposición en una acogedora «spaghetteria» del barrio de Gracia, próxima a su estudio, con el título de «Sólo Café». En ella mostraba catorce fotografías a tamaño real hechas en ese local, donde el autor cumple cada día con el ritual de tomar un café. La singularidad de la exposición de Llucià, cuyos trabajos aparecen a menudo publicados en los dominicales de prensa, radica tanto en la técnica empleada como en su fuente de inspiración.

Como si fuera un paso más en su anhelo de proporcionar volumen a la fotografía, Llucià diseñó y fabricó una máquina especial de madera, cuadrada como las primitivas cajas oscuras. Gracias a esta cámara artesana, el autor ha conseguido que cada uno de los encuadres sea en sí mismo una pieza única. Puesto que la máquina no podía almacenar película sensible, Llucià utilizó papel para hacer copias de diapositivas, con lo que cada imagen es un original irrepetible. Por lo que se refiere a la inspiración, la originalidad estriba en la simpleza y a la vez trascendencia del tema escogido. Llucià admite que es un amante del sabor y el aroma del buen café y que ha hecho de su consumo un rito que le proporciona algo de intimidad durante su quehacer diario. Por eso, un simple cambio en el color de las tazas

de su restaurante favorito le llevó a una conclusión: incluso en la cotidianidad, en la rutina más personal, en un hecho tan simple y repetitivo como preparar y tomar un café surge el azar.

«En el café de cada día hay elementos variables. ¿Qué color tendrá la taza que pondrán hoy? ¿Si hubiera pedido un café sólo en vez de un cortado me habría correspondido la misma taza? Si en algo tan pequeño hay tantas combinaciones posibles, ¿qué pasa con el resto de las cosas», reflexiona el fotógrafo, empeñado en plasmar la contingencia. «No se sabe hasta qué punto la persona que prepara el café es consciente o no de que está interfiriendo en nuestro destino. Tal vez, mientras lo prepara, está pensando que, puesto que eres una persona agradable, te pondrá la taza y el platillo de color azul. Esto es algo que desconoces, que te llega de repente. Injerencias como éstas se repiten, también, en la propia vida».

Sobre esta cuestión, Llucià recuerda que el café y el destino siempre han estado, en su caso, muy relacionados. Para ilustrarlo recuerda un viaje a Turquía, en el que un joven turco, aficionado a leer los posos de café, urdió una excusa para evitar comunicarle a uno de los acompañantes de Llucià que «no alcanzaría la vejez». Curiosamente, como si del cierre de ciclo se tratara, la última taza fotografiada para la exposición de «Sólo Café» fue la de los posos.

«Yo tengo mi propia lectura de la exposición», señala el autor. «Las interferencias de las casualidades son tantas que

no vale la pena preocuparse por lo que tiene que venir, ya que, de una forma u otra, llegará. Más vale apurar el placer que proporciona el calor, el olor y el sabor del café, que simboliza el presente, único e irrepetible. Por eso, en las fotos he intentado reproducir el tamaño real de las tazas, porque simbolizan el presente, la realidad. Mi exposición, al sugerir esos breves momentos de bienestar que proporciona una taza de café, es también un homenaje a la felicidad, esa sensación que consiste en pensar que puedes revivir un momento agradable».

Precisamente el artesanal mecanismo de la cámara contribuyó a transmitir a las fotografías esa sensación inmaterial. Se advierte que no se trata de instantáneas sino de momentos deseados, prolongados, morosos, desdibujados por la memoria, pero que a la vez intensos como el café.

Dobles interpretaciones

La exposición ofrece, desde la perspectiva de su autor, otra doble interpretación que, incluso, podría resultar contradictoria.

Por un lado, se ofrece una invitación a la introspección, la concentración o el recogimiento como reconoce el propio autor. «El rito del café empieza cuando lo pides y acaba en el momento que tú quieras. Pero sólo tú eres quien se pone dentro de tu taza, que es como un pozo al que sólo tú te puedes asomar. Tu vecino de barra o de mesa no puede verlo. Por

eso hay tazas llenas, vacías y a medio beber. La iluminación es de interior. Las fotografías son planos muy cerrados, sin apenas perspectivas exteriores. Tampoco hay manchas de carmín ni colillas; sólo el café. En definitiva, se trata de reproducir una ceremonia repetitiva agradable, cálida, que normalmente siempre se da a la misma hora».

Por otra parte, aunque los elaborados marcos de las fotografías refuerzan este concepto de hermetismo, el autor también ha querido inspirarse -para dar un «cuerpo» a su trabajo- en aquellas cartas que muestran fotografías de platos combinados o de bocadillo. «Pensaba en que, al contemplar las fotografías, los clientes pudieran decir: ¡Póngame un café como aquel!». Tal vez sea ésta la única e involuntaria concesión que el acreditado fotógrafo de prensa y publicidad haya hecho a la deformación profesional.



Pese a todo, la exposición de Lluçia muestra que el café es una buena fuente de inspiración para los artistas. En este sentido satisface comprobar que el fotógrafo haya tomado la cálida taza de café como modelo para hacer una obra que ilustra la influencia del azar en la existencia humana. Como reconoce el propio fotógrafo, el café le ha acompañado en su

madurez tanto personal como artística. «He sido y sigo siendo un gran consumidor de café: en cortado, sólo o carajillo», concluye. «Sólo Café» constituye un buen ejemplo de todo ello.

Joan Soriano

Fotos: Jaume Mercader